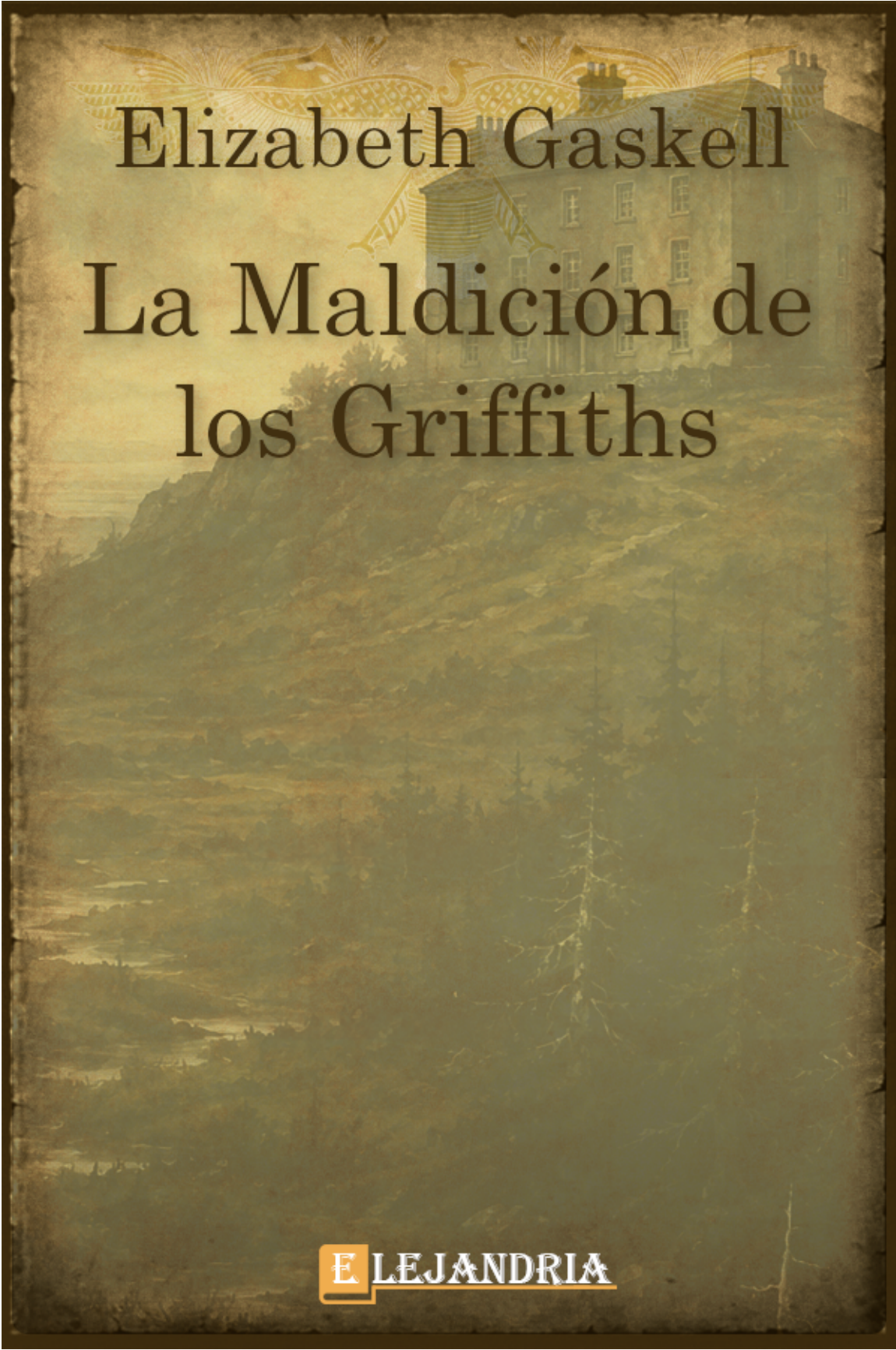


Elizabeth Gaskell
La Maldición de
los Griffiths

E LEJANDRIA

The background of the cover is a sepia-toned illustration. At the top, a large, multi-story house with a central tower and several chimneys sits atop a hill. The house is partially obscured by a decorative, golden, winged emblem that resembles a griffin or a similar mythical creature. Below the house, a dense forest of tall, thin trees covers the slope of the hill. The overall tone is historical and atmospheric.

Elizabeth Gaskell
La Maldición de
los Griffiths

E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

LA MALDICIÓN DE LOS GRIFFITHS

ELIZABETH GASKELL

PUBLICADO: 1858
FUENTE: PROJECT GUTENBERG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

LA MALDICIÓN DE LOS GRIFFITHS

CAPÍTULO I

Siempre me han interesado mucho las tradiciones que, dispersas por todo el norte de Gales, se refieren a Owen Glendower (Owain Glendwr es la grafía nacional del nombre), y comparto plenamente el sentimiento que lleva al campesino galés a verlo todavía como el héroe de su patria. Grande fue la alegría de muchos habitantes del principado cuando, hace unos quince o dieciséis años, se anunció que el tema del poema premiado en Oxford sería «Owain Glendwr». Era el asunto más orgullosamente nacional que se había propuesto en años.

Quizá algunos no sepan que este temido caudillo es, aun en estos días de ilustración, tan célebre entre sus iletrados compatriotas por sus poderes mágicos como por su patriotismo. Él mismo dice —o lo dice Shakespeare por él, que viene a ser lo mismo—:

En mi nacimiento la faz del cielo se colmó de ardientes formas, de almenaras encendidas... ... Yo puedo invocar a los espíritus del vasto abismo.

Y pocos entre las clases bajas del principado pensarían en replicar con la irreverente pregunta de Hotspur.

Entre otras tradiciones conservadas acerca de esta faceta del carácter del héroe galés se halla la vieja profecía familiar que da título a este relato. Cuando Sir David Gam, «traidor tan negro como si hubiera nacido en Builth», trató de asesinar a Owen en Machynlleth, había con él uno cuyo nombre Glendwr jamás soñó ver asociado a sus enemigos. Rhys ap Gryfydd, su «viejo y entrañable amigo», su pariente, más que un hermano para él, había consentido en su muerte. A Sir David Gam podía perdonársele; pero a quien él había amado y lo había traicionado nunca podría perdonársele. Glendwr conocía demasiado a fondo el corazón humano para matarlo. No: lo dejó vivir, convertido en blanco del aborrecimiento y el escarnio de sus compatriotas, y en víctima de un amargo remordimiento. La marca de Caín pesaba sobre él.

Pero antes de que partiera —mientras aún permanecía prisionero, acobardado bajo el peso de su conciencia ante Owain Glendwr—, aquel caudillo pronunció una condena sobre él y su linaje:

—Te condeno a vivir, porque sé que suplicarás la muerte. Vivirás más allá del término natural de la vida humana, despreciado por todos los hombres buenos. Hasta los niños te señalarán con lengua sibilante y dirán: «¡Ahí va uno que habría derramado la sangre de un hermano!». Pues yo te amé más que a un hermano, ¡oh, Rhys ap Gryfydd! Vivirás para ver perecer por la espada a todos los de tu casa, salvo el más débil, todavía en brazos. Tu estirpe será maldita. Cada generación verá fundirse sus tierras como la nieve; sí, su riqueza se desvanecerá, por más que se afanen noche y día en amontonar oro. Y cuando nueve generaciones hayan desaparecido de la faz de la tierra, tu sangre dejará de correr por las venas de ningún ser humano. En aquellos días, el último varón de tu estirpe me vengará. El hijo dará muerte al padre.

Tal era el relato tradicional del discurso de Owain Glendwr a quien fuera su amigo de confianza. Y se afirmaba que la condena se había cumplido en todo: que, por más miserablemente que vivieran, los

Griffiths nunca fueron ricos ni prósperos; es más, que su hacienda menguaba sin causa visible alguna.

Pero el transcurso de muchos años casi había amortiguado el poder sobrecogedor de la maldición entera. Solo se la sacaba de los arcones de la Memoria cuando algún suceso adverso le ocurría a la familia Griffiths; y en la octava generación la fe en la profecía estuvo a punto de extinguirse a raíz del matrimonio del Griffiths de entonces con una tal Miss Owen, quien, de modo inesperado, por la muerte de un hermano, se convirtió en heredera; no de una fortuna considerable, cierto es, pero sí suficiente para que la profecía pareciera invertirse. La heredera y su esposo se trasladaron de la pequeña heredad patrimonial de él, en el condado de Merioneth, a la herencia de ella, en el de Caernarvon, y por un tiempo la profecía quedó dormida.

Si uno va de Tremadoc a Criccaeth, pasa junto a la iglesia parroquial de Ynysynhanarn, situada en un valle pantanoso que corre desde las montañas —que se yerguen, hombro con hombro, hacia los Rivals— hasta la bahía de Cardigan. Toda esta franja de tierra tiene el aspecto de haber sido arrebatada al mar en época no muy lejana, y posee toda la desolada y agreste espesura que suele acompañar a tales marismas. Pero el valle de más allá, de carácter semejante, tenía aún más sombra en la época de la que escribo. En su parte alta había grandes plantaciones de abetos, plantados demasiado juntos para alcanzar tamaño alguno, que permanecían raquíticos en altura y desmedrados en apariencia. Es más: muchos de los más pequeños y endebles habían muerto, y la corteza había caído sobre la tierra parda, descuidada e inadvertida. Aquellos árboles tenían un aspecto espectral, con sus troncos blancos vistos a la tenue luz que se abría paso entre el espeso ramaje de lo alto. Más cerca del mar, el valle adquiriría un carácter más abierto, aunque apenas más alegre; se mostraba oscuro y cubierto por la niebla marina durante la mayor parte del año, y ni siquiera una granja — que de ordinario imparte cierta alegría a un paisaje— lograba hacerlo aquí. Este valle formaba la mayor parte de la heredad a la que Owen Griffiths tenía derecho por su esposa. En la parte alta del

valle se asentaba la mansión familiar, o más bien la vivienda, pues «mansión» es palabra demasiado grandiosa para aplicarla a la tosca, aunque sólidamente construida, Bodowen. Era cuadrada y de aspecto pesado, con la justa pretensión de ornato necesaria para distinguirla de una simple granja.

En esta vivienda, Mrs. Owen Griffiths dio a su esposo dos hijos: Llewellyn, el futuro squire, y Robert, destinado desde temprano a la Iglesia. La única diferencia en su situación, hasta el momento en que Robert ingresó en el Jesus College, era que al mayor lo consentían sin excepción cuantos lo rodeaban, mientras que a Robert lo contrariaban y lo consentían por turnos; que Llewellyn nunca aprendió nada del pobre párroco galés que era, nominalmente, su preceptor, mientras que de cuando en cuando el squire Griffiths se empeñaba mucho en exigir aplicación a Robert, diciéndole que, como había de ganarse el pan, debía atender a sus estudios. No hay manera de saber hasta dónde habría llevado a Robert, en sus exámenes universitarios, la muy irregular educación que había recibido; pero, por fortuna para él en este aspecto, antes de que llegara semejante prueba de su saber, supo de la muerte de su hermano mayor, tras una breve enfermedad provocada por una violenta borrachera. Como es lógico, llamaron a Robert a casa, y pareció igual de lógico, ahora que ya no había necesidad de que «se ganara el pan con sus estudios», que no regresara a Oxford. Así, el joven, a medias instruido pero no falto de inteligencia, permaneció en casa durante el breve resto de la vida de su progenitor.

Su carácter no era infrecuente. Por lo general era apacible, indolente y fácil de manejar; pero, una vez plenamente encendido, sus pasiones eran vehementes y terribles. Parecía, en verdad, casi temeroso de sí mismo, y de ordinario apenas se atrevía a entregarse a una cólera justificada, tanto temía perder el dominio de sí. De haber recibido una educación juiciosa, probablemente se habría distinguido en aquellas ramas de la literatura que reclaman gusto e imaginación, más que esfuerzo alguno de reflexión o de juicio. Tal como estaban las cosas, su gusto literario se manifestaba en reunir colecciones de antigüedades cámbricas de toda índole, hasta que su

acervo de manuscritos galeses habría despertado la envidia del propio Dr. Pugh, de haber vivido este en la época de la que escribo.

Hay un rasgo de Robert Griffiths que he omitido señalar y que era peculiar entre los de su clase. No era hombre de mucho beber; si era que su cabeza se resentía con facilidad, o que su gusto, en parte refinado, lo llevaba a aborrecer la embriaguez y cuanto la acompaña, no sabría decirlo; pero a los veinticinco, Robert Griffiths era habitualmente sobrio, cosa tan rara en Llyn que casi se le rehuía por considerarlo un ser huraño e insociable, y pasaba gran parte del tiempo en soledad.

Por aquel tiempo hubo de comparecer en cierto pleito que se vio en la audiencia de Caernarvon; y, mientras estuvo allí, se alojó como huésped en casa de su apoderado, un abogado galés astuto y sensato, que tenía una hija con encantos suficientes para cautivar a Robert Griffiths. Aunque solo permaneció unos pocos días en casa del padre, bastaron para decidir sus afectos, y fue breve el plazo que dejó transcurrir antes de llevar una esposa a Bodowen. La nueva Mrs. Griffiths era una persona dulce y dócil, llena de amor hacia su esposo, ante quien, sin embargo, sentía cierto respeto reverente, nacido en parte de la diferencia de edades y en parte de que él dedicaba mucho tiempo a estudios de los que ella nada entendía.

Pronto lo hizo padre de una lozana niña, llamada Augharad como su madre. Vinieron luego varios años sin sobresaltos en la casa de Bodowen; y, cuando las viejas habían declarado, todas a una, que la cuna no volvería a mecerse, Mrs. Griffiths dio a luz al hijo y heredero. A su nacimiento siguió pronto la muerte de la madre: había estado enferma y abatida durante el embarazo, y parecía carecer del vigor de cuerpo y de ánimo necesario para recobrase tras el trance. Su esposo, que la amaba tanto más cuanto que pocas otras cosas reclamaban su afecto, quedó hondamente apesadumbrado por su temprana muerte, y su único consuelo fue el dulce niño que ella había dejado. Aquella parte del carácter del squire, tan tierna y casi femenina, pareció despertar ante el desamparo del pequeño, que tendía los brazos hacia su padre con

los mismos arrullos anhelantes que los niños más afortunados reservan solo para su madre. Augharad quedó casi abandonada, mientras el pequeño Owen era el rey de la casa; y, sin embargo, después de su padre, nadie lo cuidaba con tanto cariño como su hermana. Estaba tan acostumbrada a cederle en todo que ya no le suponía sacrificio. De día y de noche Owen era el compañero constante de su padre, y el paso de los años no hacía sino afianzar la costumbre. Era una vida antinatural para el niño: no veía caritas alegres que se asomaran a la suya (pues Augharad, como dije, le llevaba cinco o seis años, y su rostro, ¡pobre muchacha sin madre!, rara vez tenía nada de alegre), no oía bullicio de voces claras y sonoras, sino que día tras día compartía las horas, por lo demás solitarias, de su padre, ya en la habitación en penumbra, rodeado de antigüedades de aire hechicero, ya repiqueteando con sus piecitos para seguir el paso de su «tada» en sus caminatas por la montaña o en sus partidas de caza. Cuando la pareja llegaba a algún arroyuelo espumoso, donde las piedras de paso quedaban muy distantes entre sí, el padre cruzaba a su hijito con la mayor ternura; cuando el chiquillo se cansaba, descansaban, acunado él en los brazos de su padre, o bien el squire lo alzaba y lo llevaba de nuevo a casa. Se le consentía al niño (pues su padre se sentía halagado por el deseo) el capricho de compartir sus comidas y mantener los mismos horarios. Tanta indulgencia no hizo a Owen antipático, pero sí voluntarioso, y no un niño feliz. Tenía una expresión meditabunda, poco común en el rostro de un niño. No conocía juegos ni alegres deportes; sus conocimientos eran de índole imaginativa y especulativa. Su padre se complacía en interesarlo en sus propios estudios, sin pararse a considerar hasta qué punto resultaban saludables para una mente tan joven.

Como es natural, el squire Griffiths no ignoraba la profecía que debía cumplirse en su generación. De cuando en cuando aludía a ella entre sus amigos con escéptica ligereza; pero, en verdad, la llevaba más cerca del corazón de lo que quería reconocer. Su poderosa imaginación lo hacía singularmente impresionable ante tales asuntos, mientras que su juicio, rara vez ejercitado o

fortalecido por el pensamiento riguroso, no podía impedirle volver una y otra vez sobre ella. Solía contemplar el semblante medio triste del niño, que se quedaba mirándolo a la cara con sus grandes ojos oscuros, tan amorosos y a la vez tan inquisitivos, hasta que la vieja leyenda crecía en torno a su corazón y se volvía demasiado dolorosa para no reclamar desahogo. Además, el amor avasallador que sentía por el niño parecía exigir mayor desahogo que las palabras tiernas; le hacía desear, y a la vez temer, reprochar a su objeto el terrible contraste anunciado. Aun así, el squire Griffiths le contaba la leyenda, medio en broma, a su hijito, cuando vagaban por los brezales agrestes en los días de otoño, «los más tristes del año», o mientras se sentaban en la sala revestida de roble, rodeados de misteriosas reliquias que relucían de modo extraño a la luz vacilante del fuego. La leyenda quedó labrada en la mente del niño, que ansiaba, y a la vez temblaba, oír la contar una y otra vez, mientras las palabras se entremezclaban con caricias y preguntas sobre su amor. A veces sus palabras y gestos cariñosos quedaban cortados por la frase ligera, aunque amarga, de su padre:

—Apártate, hijo mío; no sabes qué saldrá de todo este amor.

Cuando Augharad tenía diecisiete años y Owen once o doce, el rector de la parroquia en que se hallaba Bodowen se esforzó por persuadir al squire Griffiths de que enviara al niño a la escuela. Pues bien, este rector compartía muchos gustos afines con su feligrés y era su único íntimo; y, a fuerza de repetidos argumentos, logró convencer al squire de que la vida antinatural que llevaba Owen le resultaba perjudicial en todos los sentidos. De mala gana se avino el padre a separarse de su hijo; pero al fin lo envió a la escuela de gramática de Bangor, regida entonces por un excelente clasicista. Allí Owen demostró tener más talento del que el rector le había atribuido cuando afirmaba que la vida que llevaba en Bodowen había embotado por completo al muchacho. Prometía honrar a la escuela en aquella rama particular del saber por la que era famosa. Pero no era popular entre sus compañeros. Era díscolo, aunque, hasta cierto punto, generoso y desprendido; reservado, mas afable, salvo cuando

se abrían paso los tremendos arrebatos de pasión (de índole semejante a los de su padre).

A su regreso de la escuela, cierta Navidad, cuando llevaba más o menos un año en Bangor, lo dejó atónito la noticia de que la menospreciada Augharad estaba a punto de casarse con un caballero del sur de Gales que residía cerca de Aberystwyth. Rara vez aprecian los muchachos a sus hermanas; pero Owen pensó en los muchos desaires con que había correspondido a la paciente Augharad, y se entregó a amargos remordimientos que, con un egoísta descontrol de sus palabras, no dejaba de manifestar a su padre, hasta que el squire quedó del todo herido y mortificado por las repetidas exclamaciones de «¿Qué haremos cuando Augharad se haya ido?», «¡Qué aburridos vamos a estar cuando Augharad se case!». Se prolongaron las vacaciones de Owen unas semanas para que pudiera asistir a la boda; y, cuando todos los festejos hubieron terminado, y los novios hubieron partido de Bodowen, el niño y su padre sintieron de veras cuánto echaban de menos a la callada y cariñosa Augharad. Ella había desempeñado tantos pequeños y silenciosos oficios, llenos de atención, de los que dependía su comodidad diaria, que, ahora que se había ido, la casa entera parecía echar de menos el espíritu que apaciblemente la mantenía en orden; los criados andaban de aquí para allá en busca de órdenes e indicaciones, las habitaciones ya no tenían el discreto orden del buen gusto que las alegraba, y hasta el fuego ardía mortecino, hundiéndose siempre en tristes montones de ceniza gris. Con todo, Owen no lamentó su regreso a Bangor, y también esto lo percibió el mortificado padre. El squire Griffiths era un padre egoísta.

Las cartas, en aquellos tiempos, eran cosa rara. Owen solía recibir una durante sus ausencias semestrales del hogar, y de vez en cuando su padre le hacía una visita. Aquel semestre el muchacho no tuvo visita, ni siquiera carta, hasta muy cerca del momento de dejar la escuela, y entonces lo dejó pasmado la noticia de que su padre se había vuelto a casar.

Sobrevino entonces uno de sus paroxismos de ira, tanto más desastroso en sus efectos sobre su carácter cuanto que no podía hallar salida en la acción. Al margen del desaire a la memoria de la primera esposa que los hijos tan fácilmente imaginan implícito en tal acto, Owen se había considerado hasta entonces (y con razón) el primer objeto de la vida de su padre. Tanto habían sido el uno para el otro; y ahora un algo informe, pero demasiado real, se había interpuesto para siempre entre él y su padre. Sentía que debían haberle pedido permiso, que debían haberlo consultado. Desde luego, debían haberle informado del proyectado acontecimiento. Así lo sentía también el squire, y de ahí su carta forzada, que tanto había acrecentado la amargura de los sentimientos de Owen.

Pese a toda esta cólera, cuando Owen vio a su madrastra, pensó que jamás había visto a una mujer tan hermosa para su edad, pues ya no estaba en la flor de la juventud, por ser viuda cuando su padre la desposó. Sus modales, para el muchacho galés que tan poca gracia femenina había visto entre las familias de los pocos anticuarios que su padre frecuentaba, eran tan fascinantes que la observaba con una especie de admiración sobrecogida. Su gracia mesurada, sus movimientos impecables, sus inflexiones de voz, dulces hasta saciar el oído de dulzura, hicieron que Owen se enojara menos por el matrimonio de su padre. Y, sin embargo, sentía, más que nunca, que la nube se interponía entre él y su padre; que la carta precipitada que había enviado en respuesta al anuncio de su boda no estaba olvidada, aunque jamás se aludiera a ella. Ya no era el confidente de su padre, ni casi nunca su compañero, pues la recién desposada lo era todo para el squire, y su hijo se sentía poco menos que un cero a la izquierda allí donde durante tanto tiempo lo había sido todo. La propia dama mostraba siempre la más delicada consideración hacia su hijastro; casi demasiado insistente era la atención que prestaba a sus deseos, pero, aun así, él sospechaba que el corazón no tenía parte alguna en aquellos seductores acercamientos. Había una mirada vigilante que Owen sorprendió una o dos veces, cuando ella se creía inadvertida, y muchas otras circunstancias menudas e indefinibles que le dieron la fuerte

impresión de una falta de sinceridad en su madrastra. Mrs. Owen trajo consigo a la familia a su hijito habido del primer marido, un niño de casi tres años. Era uno de esos niños aduendecillos, observadores y burlones, sobre cuyos sentimientos parece no tenerse dominio alguno: ágil y travieso, sus pequeñas bromas pesadas, al principio gastadas sin conciencia del daño que causaban, pero después rayanas en un malicioso placer ante el sufrimiento ajeno, parecían en verdad dar cierto fundamento a la idea supersticiosa de algunas gentes del pueblo de que era un niño cambiado por las hadas.

Pasaron los años; y, a medida que crecía, Owen se volvió más observador. Vio, aun en sus ocasionales visitas al hogar (pues de la escuela había pasado a la universidad), que se había operado un gran cambio en las manifestaciones externas del carácter de su padre; y, poco a poco, Owen atribuyó ese cambio a la influencia de su madrastra; tan leve, tan imperceptible para el observador común, y, sin embargo, tan irresistible en sus efectos. El squire Griffiths recogía las opiniones que su esposa avanzaba con humildad y, sin darse cuenta, las adoptaba como propias, desafiando todo argumento y toda oposición. Lo mismo ocurría con sus deseos: se veían cumplidos por el arte extremo y delicado con que ella los insinuaba en la mente de su esposo, como si fueran de él. Sacrificaba la apariencia de autoridad a cambio del poder. Al fin, cuando Owen advertía algún acto opresivo en la conducta de su padre hacia sus subordinados, o algún inexplicable contratiempo a sus propios deseos, creía ver desplegada así la secreta influencia de su madrastra, por más que ella lamentara la injusticia de los actos de su padre en las conversaciones que con él mantenía a solas. Su padre perdía con rapidez sus hábitos de templanza, y la frecuente embriaguez no tardó en surtir su acostumbrado efecto sobre el genio. Y aun en esto pesaba sobre él el hechizo de su esposa. Ante ella refrenaba sus pasiones; sin embargo, ella conocía a la perfección su carácter irritable y lo encaminaba acá y allá con la misma aparente ignorancia del alcance de sus palabras.

Entretanto, la situación de Owen se volvía singularmente mortificante para un joven cuyos primeros recuerdos ofrecían tan acusado contraste con su estado presente. De niño, había sido elevado a la importancia de un hombre antes de que su edad pusiera freno mental alguno al egoísmo que semejante trato tendía a engendrar; podía recordar cuando su voluntad era ley para los criados y subordinados, y su afecto, necesario para su padre: ahora era como un cero a la izquierda en la casa de su padre; y el squire, distanciado en un primer momento por la conciencia del agravio que había infligido a su hijo al no comunicarle antes su proyectado matrimonio, parecía más evitarlo que buscarlo como compañía, y con demasiada frecuencia mostraba la más absoluta indiferencia ante los sentimientos y deseos que cabía suponer en un joven de espíritu altivo e independiente.

Quizá Owen no fuera del todo consciente de la fuerza de todas estas circunstancias, pues quien actúa en un drama familiar rara vez está lo bastante desapasionado para observar con perfecta claridad. Pero se volvió taciturno y amargado, rumiando su existencia sin amor y anhelando, con corazón humano, un poco de afecto.

Este sentimiento se adueñó más plenamente de su ánimo cuando hubo dejado la universidad y regresó a casa para llevar una vida ociosa y sin rumbo. Como heredero, no había necesidad material de esforzarse: su padre era demasiado squire galés para soñar siquiera con la necesidad moral, y él mismo no tenía suficiente fortaleza de ánimo para decidirse de golpe a abandonar un lugar y un modo de vida que abundaban en mortificaciones diarias; y, sin embargo, hacia ese rumbo se inclinaba lentamente su juicio, cuando ciertas circunstancias vinieron a retenerlo en Bodowen.

No cabía esperar que la armonía se mantuviera mucho tiempo, ni siquiera en apariencia, entre un joven incauto y amargado como Owen y su cautelosa madrastra, una vez que él hubo dejado la universidad y llegó, no ya como visitante, sino como heredero de la casa paterna. Surgió cierto motivo de discordia en que la mujer dominó su ira oculta lo bastante para convencerse de que Owen no

era del todo el incauto que ella había creído. Desde entonces no hubo paz entre ellos. No se manifestaba esto en vulgares altercados, sino en la hosca reserva por parte de Owen y en la franca y desdeñosa persistencia de la madrastra en sus propios planes. Bodowen ya no era un lugar donde, si bien Owen no era amado ni atendido, pudiera al menos hallar paz y valerse por sí mismo: se le contrariaba a cada paso y en cada deseo, al parecer por voluntad de su padre, mientras la esposa permanecía sentada al lado con una sonrisa de triunfo en sus hermosos labios.

Así pues, Owen salía al despuntar el alba, a veces a vagar por la costa o por las tierras altas, cazando o pescando según la estación, pero más a menudo «tendido en indolente reposo» sobre la hierba corta y dulce, entregándose a ensoñaciones sombrías y morbosas. Imaginaba que aquel humillado estado de existencia era un sueño, un sueño horrible, del que despertaría para encontrarse de nuevo como único objeto y predilecto de su padre. Y entonces se incorporaba de un salto y luchaba por sacudirse aquella pesadilla. Allí estaba la puesta de sol fundida de sus recuerdos infantiles; las suntuosas moles carmesíes de gloria en el poniente, que se desvanecían en la luz fría y serena de la luna naciente, mientras aquí y allá una nube cruzaba el cielo de occidente, como el ala de un serafín, en su flamígera belleza; la tierra era la misma que en los días de su niñez, llena de suaves rumores vespertinos y de las armonías del crepúsculo; la brisa pasaba rozando el brezo y las campanillas azules a su lado, y el césped exhalaba su incienso nocturno de perfume. ¡Pero la vida, el corazón y la esperanza habían cambiado para siempre desde aquellos días idos!

O bien se sentaba en un rincón predilecto de las rocas del Moel Gêst, oculto a la vista general por un raquíptico matorral de serbal silvestre, con un cojín de vivos tonos de uña de gato bajo los pies y un recto precipicio de roca que se alzaba justo por encima. Allí permanecía sentado horas enteras, contemplando ociosamente la bahía de abajo con su fondo de colinas purpúreas, y la pequeña vela de pesca sobre su seno, que destacaba blanca al sol y se deslizaba en tal armonía con la serena belleza del mar de cristal; o sacaba un

viejo volumen de la escuela, compañero suyo desde hacía años, y, en morbosa consonancia con la oscura leyenda que aún acechaba en los repliegues de su mente —forma de tiniebla agazapada en aquellos rincones más íntimos, a la espera de su hora para surgir con nítido perfil—, se volvía hacia los antiguos dramas griegos que tratan de una familia predestinada por un Hado vengador. La gastada página se abría por sí sola en la tragedia de Edipo rey, y Owen se demoraba con ansia enfermiza en aquella profecía tan semejante a la que a él lo concernía. Con su conciencia de abandono, había una especie de autocomplacencia en la importancia que la leyenda le confería. Casi se asombraba de que se atrevieran, con desaires e insultos, a provocar así al Vengador.

Los días iban pasando a la deriva. A menudo se entregaba con vehemencia a algún deporte campestre, hasta que el pensamiento y el sentimiento se perdían en la violencia del esfuerzo físico. De vez en cuando pasaba las tardes en alguna pequeña taberna, de las que se alzaban junto a los caminos poco transitados, donde la acogida, cordial aunque pagada, contrastaba tan vivamente con la sombría negligencia del hogar... un hogar sin afecto.

Una tarde (tendría Owen unos veinticuatro o veinticinco años), fatigado tras un día de caza en los páramos de Clenneny, pasó ante la puerta abierta de la posada The Goat, en Penmorfa. La luz y la alegría del interior lo tentaron —ipobre hombre, agotado de sí mismo!—, como han tentado a muchos otros de circunstancias mundanas más míseras, a entrar y tomar su cena allí donde, al menos, su presencia tenía alguna importancia. Era un día de mucho ajetreo en aquel pequeño mesón. Un rebaño de ovejas, que sumaba algunos centenares, había llegado a Penmorfa camino de Inglaterra y atestaba el espacio frente a la casa. Dentro estaba la mesonera, astuta y de buen corazón, yendo y viniendo afanosa, con alegres saludos para cada cansado pastor que iba a pasar la noche en su casa, mientras las ovejas quedaban encerradas en un prado cercano. De cuando en cuando atendía a la segunda multitud de huéspedes, que celebraban en su casa una boda campesina. Era trabajosa la faena para Martha Thomas, mas nunca decaía su sonrisa; y cuando

Owen Griffiths hubo terminado su cena, allí estaba ella, dispuesta a expresar su deseo de que le hubiese sentado bien y fuese de su agrado, y a darle la noticia de que los de la boda iban a bailar en la cocina, y de que el arpista era el famoso Edward de Corwen.

Owen, en parte por bondadosa complacencia con el deseo tácito de su mesonera y en parte por curiosidad, se encaminó con desgana al pasillo que conducía a la cocina; no la cocina de diario, de trabajo y de guisar, que quedaba detrás, sino una sala de buen tamaño donde la dueña se sentaba cuando había terminado su faena, y donde de ordinario se agasajaba a las gentes del campo en festejos como aquel. Los marcos de la puerta formaban como un cuadro para la animada escena que Owen contemplaba dentro, apoyado en la pared del oscuro pasillo. La roja luz del fuego, avivada de tanto en tanto por algún terrón de turba que caía y arrancaba un nuevo resplandor, iluminaba de lleno a cuatro jóvenes que bailaban una danza parecida a un reel escocés, marcando un compás admirable en sus rápidos movimientos al magnífico son que tocaba el arpista. Llevaban puestos los sombreros cuando Owen ocupó su sitio, pero, a medida que se animaban más y más, los arrojaron lejos, y al poco sus zapatos salieron despedidos con igual indiferencia hacia el lugar donde fueran a caer. Gritos de aplauso seguían a cualquier notable alarde de agilidad, en el que cada uno parecía querer superar a sus compañeros. Al fin, rendidos y exhaustos, se sentaron, y el arpista pasó poco a poco a uno de aquellos aires nacionales, salvajes y arrebatadores, por los que era tan famoso. El apiñado auditorio permanecía serio y conteniendo el aliento, y se habría podido oír caer un alfiler, salvo cuando alguna muchacha pasaba presurosa, con la vela parpadeante y aire atareado, hacia la cocina de verdad del fondo. Cuando hubo concluido su hermoso tema sobre «La marcha de los hombres de Harlech», cambió de nuevo el compás a «Tri chant o' bunnan» (Trescientas libras), y al instante un hombre del aspecto menos musical comenzó a salmodiar «Pennillion», o sea una especie de estrofas recitadas, que pronto recogió otro, y este pasatiempo se prolongó tanto que Owen se cansó y pensaba en retirarse de su puesto junto a la puerta, cuando se produjo cierto

pequeño revuelo, al lado opuesto de la sala, con la entrada de un hombre de mediana edad y una muchacha, al parecer su hija. El hombre se acercó al banco que ocupaban los mayores del grupo, quienes lo recibieron con el bonito saludo galés de costumbre, «Pa sut mae dy galon?» («¿Cómo está tu corazón?»), y, brindando a su salud, le fueron pasando la copa de excelente cwrw. A la muchacha, a todas luces la belleza del pueblo, la saludaron con igual calidez los jóvenes, mientras las muchachas la miraban más bien de reojo, con un aire medio celoso que Owen atribuyó a su extrema lindeza. Como la mayoría de las galesas, era de estatura mediana, pero de hermosa hechura, con la más perfecta y a la vez delicada redondez en cada miembro. Su pequeña cofia estaba cuidadosamente ajustada a un rostro en extremo bonito, aunque nunca habría podido llamarse bello. Era también redondo, con la más leve tendencia al óvalo, de color subido aunque algo aceitunado de tez, con hoyuelos en la mejilla y la barbilla, y los labios más encarnados que Owen había visto jamás, demasiado cortos para juntarse sobre los menudos dientes nacarados. La nariz era el rasgo más defectuoso; pero los ojos eran espléndidos. ¡Tan rasgados, tan brillantes, y a veces tan dulcísimos bajo la espesa orla de las pestañas! El cabello castaño avellanado iba cuidadosamente trenzado bajo el borde de un delicado encaje: era evidente que la pequeña belleza del pueblo sabía sacar el mayor partido de todos sus atractivos, pues los alegres colores que lucía su pañoleta armonizaban por completo con su tez.

Owen se sintió muy atraído, y a la vez divertido, por la evidente coquetería que desplegaba la muchacha, reuniendo en torno a sí a toda una bandada de mozos, para cada uno de los cuales parecía tener alguna frase ingeniosa, alguna mirada o algún gesto seductor. A los pocos minutos, el joven Griffiths de Bodowen estaba a su lado, llevado allí por una variedad de motivos ociosos, y, como ella concedió toda su atención al heredero galés, sus admiradores fueron desfilando, uno tras otro, para sentarse junto a alguna beldad menos fascinante pero más atenta. Cuanto más conversaba Owen con la muchacha, más prendado quedaba; tenía más ingenio y talento de

lo que él había imaginado posible; y, por añadidura, un abandono de sí y una hondura de pensamiento que parecían colmados de encanto; y luego su voz era tan clara y dulce, y sus ademanes tan llenos de gracia, que Owen quedó fascinado antes de darse apenas cuenta, y seguía mirando aquel rostro radiante y sonrojado, hasta que los ojos centelleantes de ella, alzados hacia él, se bajaron ante su grave mirada.

Mientras así callaban —ella por turbación ante el inesperado ardor de su admiración, él por inconsciencia de todo cuanto no fueran las hermosas mudanzas de aquel flexible semblante—, el hombre que Owen tomaba por su padre se acercó y dirigió alguna observación a su hija, de donde pasó deslizándose a algún comentario trivial aunque respetuoso dirigido a Owen y, trabando al cabo con él una ligera conversación sobre cosas del lugar, fue a parar a la descripción de un paraje de la península de Penthryn donde abundaban las cercetas, y concluyó rogando a Owen que le permitiera mostrarle el sitio exacto, diciéndole que, cuando el joven squire lo deseara, si le hacía el honor de visitar su casa, lo llevaría hasta allá en su bote. Mientras Owen escuchaba, su atención no estaba tan absorta como para no advertir que la pequeña beldad de su lado rechazaba a uno o dos que intentaban apartarla de su sitio con invitaciones a bailar. Halagado por su propia interpretación de aquellas negativas, volvió a dedicarle toda su atención, hasta que la reclamó su padre, que se marchaba de la fiesta. Antes de irse, le recordó a Owen su promesa y añadió:

—Quizá no me conozca usted, señor. Me llamo Ellis Pritchard y vivo en Ty Glas, a este lado del Moel Gêst; cualquiera podrá indicárselo.

Cuando el padre y la hija se hubieron marchado, Owen se dispuso sin prisa para regresar a caballo a casa; pero, al toparse con la mesonera, no pudo resistirse a hacerle unas cuantas preguntas acerca de Ellis Pritchard y su linda hija. Ella respondió con brevedad, aunque con respeto, y luego dijo, más bien titubeante:

—Señorito Griffiths, ya conoce usted la tríada: «Tri pheth tebyg y naill i'r llall, ysgnbwr heb yd, mail deg heb ddiawd, a merch deg heb ei geirda» (Tres cosas se parecen entre sí: un buen granero sin grano, una hermosa copa sin bebida y una hermosa mujer sin su buena fama).

Se apartó de él apresuradamente, y Owen cabalgó despacio hacia su desdichado hogar.

Ellis Pritchard, mitad granjero y mitad pescador, era astuto, sagaz y de mundo; y, sin embargo, era de buen natural, y bastante generoso como para haberse hecho un hombre más bien popular entre sus iguales. Le había llamado la atención el interés del joven squire por su linda hija, y no era insensible a las ventajas que de ello podían derivarse. Nest no sería, ni mucho menos, la primera campesina trasplantada a una casa solariega galesa como señora de ella; y, en consecuencia, su padre había dado astutamente al admirado joven algún pretexto para nuevas ocasiones de verla.

En cuanto a Nest, tenía algo de la mundanidad de su padre, era plenamente consciente de la posición superior de su nuevo admirador y estaba del todo dispuesta a desdeñar por él a todos sus antiguos pretendientes. Pero había, además, algo más de sentimiento en sus cálculos: no había permanecido insensible al rendido y, comparativamente, refinado homenaje que Owen le tributaba; había reparado con admiración en su semblante expresivo y, a ratos, apuesto, y se sentía halagada de que la hubiera distinguido tan al punto de entre sus compañeras. En cuanto a la insinuación que había deslizado Martha Thomas, baste decir que Nest era muy atolondrada y que no tenía madre. Era de ánimo vivo y muy amante de la admiración o, por usar un término más suave, gustaba de agradar; a hombres, mujeres y niños, a todos se complacía en alegrar con su sonrisa y su voz. Coqueteaba y flirteaba, y llegaba a los extremos del galanteo galés, hasta el punto de que los mayores del pueblo meneaban la cabeza y prevenían a sus hijas contra su trato. Si no enteramente culpable, con demasiada frecuencia había estado al borde de la culpa.

Ya en su momento, la insinuación de Martha Thomas hizo escasa mella en Owen, pues sus sentidos estaban ocupados en otra cosa; pero a los pocos días su recuerdo se había extinguido por completo, y un cálido y glorioso día de verano encaminó sus pasos hacia la casa de Ellis Pritchard con el corazón palpitante, pues, salvo algún muy ligero flirteo en Oxford, a Owen nunca lo habían herido los afectos: sus pensamientos, su fantasía, habían andado ocupados en otras cosas.

Ty Glas estaba construida contra una de las rocas más bajas del Moel Gêst, que, de hecho, formaba uno de los costados de aquella casa baja y alargada. Los materiales de la casita eran los guijarros desprendidos de lo alto, toscamente trabados con argamasa, con profundos huecos para las pequeñas ventanas oblongas. En conjunto, el exterior era mucho más tosco de lo que Owen había esperado; pero dentro no parecía faltar comodidad alguna. La casa se dividía en dos estancias, una grande, espaciosa y oscura, en la que Owen entró de inmediato; y, antes de que la sonrojada Nest saliera de la cámara interior (pues había visto venir al joven squire y se había apresurado a hacer algún arreglo en su vestido), él tuvo tiempo de mirar en derredor y reparar en los diversos pormenores de la habitación. Bajo la ventana (que dominaba una vista magnífica) había un aparador de roble, repleto de cajones y alacenas, lustrado con brillo hasta un rico color oscuro. En la parte más alejada de la habitación, Owen apenas pudo distinguir nada al principio, entrando como entraba desde la deslumbrante luz del sol, pero pronto vio que había dos camas de roble, cerradas a la manera galesa: eran, de hecho, los dormitorios de Ellis Pritchard y del hombre que le servía, tanto en el mar como en la tierra. Estaba la gran rueca que se usaba para hilar la lana, dejada en pie en mitad del suelo, como si se hubiera empleado apenas unos minutos antes; y en torno a la amplia chimenea colgaban hojas de tocino, carne de cabrito seca y pescado, que se estaba ahumando para la despensa del invierno.

Antes de que Nest se atreviera tímidamente a entrar, su padre, que había estado remendando las redes allá abajo y había visto a

Owen subir serpenteando hacia la casa, entró y le dio una bienvenida cordial, aunque respetuosa; y entonces Nest, con los ojos bajos y ruborizada, llena de aquel pudor que los consejos y las palabras de su padre no habían dejado de inspirarle, se aventuró a reunirse con ellos. A juicio de Owen, aquella reserva y timidez le añadían nuevos encantos.

Hacía demasiado sol, demasiado calor, demasiado de todo para pensar en ir a cazar cercetas hasta más entrado el día, y Owen aceptó encantado una titubeante invitación a compartir la comida del mediodía. Un poco de queso de leche de oveja, muy duro y seco, torta de avena, tiras de la carne seca de cabrito asadas tras haberlas tenido unos minutos en remojo, mantequilla deliciosa y suero de leche fresco, junto con un licor llamado «diod griafol» (hecho con las bayas del *Sorbus aucuparia*, infundidas en agua y luego fermentadas), componían el frugal condumio; pero había algo tan limpio y pulcro, y con todo una bienvenida tan sincera, que rara vez había disfrutado Owen tanto de una comida. En verdad, por aquel entonces los squires galeses se diferenciaban de los granjeros más por la profusión y la tosca abundancia de su modo de vivir que por el refinamiento del estilo de su mesa.

Hoy día, allá en Llyn, la aristocracia galesa no va una pizca a la zaga de sus equivalentes sajones en las costosas elegancias de la vida; pero entonces (cuando no había más que una vajilla de peltre en todo Northumberland) nada había en el modo de vivir de Ellis Pritchard que hiriese el sentido del refinamiento del joven squire.

Poco hablaron aquellos dos jóvenes enamorados durante la comida; el padre llevó toda la conversación él solo, en apariencia ajeno a las ardientes miradas y al aire distraído de su huésped. A medida que los sentimientos de Owen se volvían más serios, más tímido se hacía al expresarlos, y, por la noche, cuando regresaron de su partida de caza, la caricia que dio a Nest fue ofrecida casi con tanto rubor como recibida.

Aquel no fue sino el primero de una serie de días consagrados en realidad a Nest, aunque al principio creyó necesario disimular un

poco su propósito. El pasado, el futuro, todo quedaba olvidado en aquellos felices días de amor.

Y todo plan mundano, toda astucia femenina ponían en práctica Ellis Pritchard y su hija para hacer sus visitas gratas y atrayentes. En verdad, la mera circunstancia de ser bien recibido bastaba para atraer al pobre joven, para quien el sentimiento así suscitado era nuevo y lleno de encanto. Dejaba un hogar donde la certeza de verse contrariado lo hacía parco en expresar sus deseos; donde ningún acento de amor llegaba jamás a su oído, salvo los dirigidos a otros; donde su presencia o su ausencia eran cosa de absoluta indiferencia; y, cuando entraba en Ty Glas, todos, hasta el perrillo que, con clamorosos ladridos, reclamaba parte de su atención, parecían alegrarse. El relato de las ocupaciones de su jornada hallaba en Ellis un oyente complaciente; y, cuando pasaba a Nest, atareada en la rueca o en la mantequera, el color subido, los ojos cómplices y el paulatino abandonarse ella a su caricia de enamorado encerraban un mundo de encantos. Ellis Pritchard era arrendatario de la hacienda de Bodowen y, por tanto, tenía razones de sobra para desear mantener en secreto las visitas del joven squire; y Owen, reacio a turbar la soleada calma de aquellos días dichosos con tormenta alguna en casa, estaba dispuesto a emplear todos los ardides que Ellis le sugería respecto al modo de hacer sus visitas a Ty Glas. Tampoco ignoraba el probable, más aún, el ansiado desenlace de aquellos repetidos días de felicidad. Era muy consciente de que el padre no deseaba nada mejor que el matrimonio de su hija con el heredero de Bodowen; y, cuando Nest escondía el rostro en su cuello, rodeado por el abrazo de sus brazos, y le murmuraba al oído su confesión de amor, él no sentía sino el anhelo de hallar a alguien que lo amara para siempre. Aunque no era hombre de elevados principios, no habría intentado conseguir a Nest sino en los términos del matrimonio: tanto suspiraba por un amor duradero, e imaginaba que habría unido el corazón de ella al suyo para siempre una vez prestados los solemnes juramentos del matrimonio.

No entrañaba gran dificultad un matrimonio secreto en semejante lugar y en semejante época. Un ventoso día de otoño, Ellis los llevó en su bote, bordeando Penthryn, hasta Llandutryn, y allí vio a su pequeña Nest convertirse en futura señora de Bodowen.

¡Cuántas veces vemos cómo el matrimonio sosiega a muchachas atolondradas, coquetas e inquietas! Queda decidido un gran objetivo en la vida, aquel en torno al cual habían girado sus pensamientos en todas sus veleidades, y parecen confirmar la hermosa fábula de Ondina. Un alma nueva resplandece en la dulzura y el sosiego de sus vidas futuras. Una indescriptible suavidad y ternura sustituye a la fatigosa vanidad de sus antiguos afanes por atraer la admiración. Algo de esta índole se obró en Nest Pritchard. Si al principio había estado ansiosa por atraer al joven squire de Bodowen, mucho antes de su boda aquel sentimiento se había fundido en un amor más verdadero del que jamás había sentido; y ahora que era suyo, su esposo, toda su alma se inclinaba a resarcirlo, en cuanto de ella dependía, de la desdicha que, con tacto de mujer, veía que él había de soportar en su hogar. Sus recibimientos rebosaban un amor delicadamente expresado; su atención a los gustos de él era incansable, en el arreglo de su vestido, de su tiempo, de sus mismos pensamientos.

No es de extrañar que recordara el día de su boda con una gratitud que rara vez es fruto de los matrimonios desiguales. No es de extrañar que el corazón le latiera con fuerza, como antaño, cuando remontaba el sendero hacia Ty Glas y veía —por cortante que soplara el viento del invierno— que Nest estaba a la puerta, atisbando su llegada apenas perceptible, mientras la vela parpadeaba en la pequeña ventana como un faro que lo guiara con acierto.

Las palabras coléricas y los gestos hostiles del hogar caían amortiguados sobre su corazón; pensaba en el amor que sin duda era suyo, y en la nueva promesa de amor que pronto vendría al mundo, y casi habría podido sonreír ante los impotentes empeños por turbar su paz.

Unos meses más, y al joven padre lo recibió un débil llantito cuando, una mañana temprano, entró presuroso en Ty Glas a consecuencia de un aviso transmitido misteriosamente a Bodowen; y la pálida madre, sonriente, alzando con dificultad a su criatura hacia el beso del padre, le pareció aún más adorable que la luminosa y alegre Nest que le había robado el corazón en la pequeña posada de Penmorfa.

¡Pero la maldición ya obraba! ¡El cumplimiento de la profecía estaba próximo!

CAPÍTULO II

Era el otoño que siguió al nacimiento de su niño; había sido un verano glorioso, de tiempo radiante, cálido y soleado; y ahora el año se iba apagando, como correspondía a la estación, en días suaves, con mañanas de brumas de plata y claras noches de escarcha. El aspecto floreciente de la época de las flores había pasado ya; pero, en su lugar, tonos aún más ricos se extendían por las hojas del color del sol, los líquenes, la aulaga de dorada flor; si era el tiempo del marchitarse, había una gloria en aquella decadencia.

Nest, en su amoroso afán de rodear su morada de todo encanto por amor a su esposo, se había hecho jardinera, y los rinconcitos del tosco patio que había ante la casa se llenaron de más de una delicada flor de montaña, trasplantada más por su belleza que por su rareza. Todavía puede verse la mata de eglantina, vieja y gris, que ella y Owen plantaron como un verde esqueje bajo la ventana de su pequeña alcoba. En aquellos momentos Owen olvidaba todo lo que no fuera el presente; todas las cuitas y penas que había conocido en el pasado, y cuanto de desdicha y muerte pudiera aguardarle en el futuro. También el niño era una criatura tan hermosa como jamás se viera bendecido el padre más tierno; y gorjeaba de deleite, y batía sus manitas, mientras su madre lo sostenía en brazos a la puerta de la casita para ver subir a su padre por el escarpado sendero que conducía a Ty Glas, una luminosa mañana de otoño; y, cuando los tres entraron juntos en la casa, difícil era decir cuál de ellos era el más feliz. Owen llevaba en brazos a su niño, lo lanzaba al aire y jugaba con él, mientras Nest buscaba

alguna pequeña labor y se sentaba en el aparador bajo la ventana, donde, ya manejando afanosa la aguja, ya volviendo de nuevo la mirada a su esposo, le contaba con vivo interés las menudas noticias domésticas, las gracias del niño, el resultado de la pesca de la víspera, y cuanto de los chismes de Penmorfa llegaba a oídos de la ahora retirada Nest. Observó que, cuando mencionaba alguna pequeña circunstancia que guardara la más mínima relación con Bodowen, su esposo se mostraba irritado e inquieto, y acabó por evitar cualquier cosa que pudiera recordarle, por poco que fuese, su hogar. En verdad, había padecido mucho últimamente por la irritabilidad de su padre, manifestada en nimiedades, cierto es, pero no por ello menos mortificante.

Mientras así charlaban, prodigándose caricias el uno al otro y al niño, una sombra oscureció la habitación, y, antes de que pudieran vislumbrar el objeto que la causaba, se desvaneció, y el squire Griffiths alzó el picaporte y se plantó ante ellos. Allí se quedó, mirando: primero a su hijo, tan distinto, con su expresión animada de contento y dicha, con su noble criatura en brazos, como el padre orgulloso y feliz que era, de aquel joven abatido y taciturno que con demasiada frecuencia parecía en Bodowen; luego a Nest —ipobre Nest, trémula y descompuesta!—, que dejó caer su labor, mas no se atrevió a moverse de su asiento en el aparador, mientras buscaba con la mirada a su esposo, como pidiéndole protección contra su padre.

El squire callaba, fulminando con la mirada al uno y al otro, el rostro blanco de pasión contenida. Cuando habló, sus palabras salieron de lo más nítidas en su forzada compostura. Fue a su hijo a quien se dirigió:

—¡Esa mujer! ¿Quién es?

Owen vaciló un instante y luego respondió, con voz firme aunque serena:

—Padre, esa mujer es mi esposa.

Habría añadido alguna disculpa por el largo ocultamiento de su matrimonio; habría implorado el perdón de su padre; pero la espuma saltaba de los labios del squire cuando estalló en invectivas contra Nest:

—¡Te has casado con ella! ¡Es tal como me dijeron! ¡Casado con Nest Pritchard *yr buten!* ¡Y ahí te quedas, como si no te hubieras deshonrado por los siglos de los siglos con tu maldito casamiento! Y la hermosa ramera ahí sentada, en su burlona modestia, ensayando los remilgados aires que convendrán a su condición de futura señora de Bodowen. ¡Pero moveré cielo y tierra antes de que esa mujer falsa cruce como señora las puertas de la casa de mi padre!

Todo esto lo dijo con tal rapidez que Owen no tuvo tiempo para las palabras que se le agolpaban en los labios.

—¡Padre! —prorrumpió al fin—. ¡Padre, quienquiera que te haya dicho que Nest Pritchard era una ramera te dijo una mentira tan falsa como el infierno! ¡Sí! ¡Una mentira tan falsa como el infierno! —añadió con voz de trueno, mientras avanzaba un paso o dos hacia el squire.

Y luego, en tono más bajo, dijo:

—Es tan pura como tu propia esposa; imás aún, válgame Dios!, tan pura como la querida y preciosa madre que me dio a luz y luego me dejó —sin el amparo del corazón de una madre— para batallar solo por la vida. ¡Te digo que Nest es tan pura como aquella querida madre muerta!

—¡Necio! ¡Pobre necio!

En ese momento, el niño —el pequeño Owen—, que no había dejado de mirar de un semblante airado al otro, esforzándose con expresión seria por comprender qué había llevado aquel fiero fulgor al rostro en el que hasta entonces no había leído sino amor, atraído de algún modo la atención del squire y acrecentó su cólera.

—Sí —prosiguió—, pobre necio sin fuerzas que eres, ¡abrazando al hijo de otro como si fuera tu propia sangre!

Owen acarició sin querer a la criatura asustada y esbozó media sonrisa ante lo que daban a entender las palabras de su padre. El squire lo advirtió y, alzando la voz hasta un grito de rabia, continuó:

—¡Te ordeno, si te llamas hijo mío, que arrojes lejos a esa cría de mujer miserable y desvergonzada; arrójala ahora mismo, ahora mismo!

En aquella rabia incontrolable, viendo que Owen estaba lejos de obedecer su orden, arrebató a la pobre criatura de los amorosos brazos que la sostenían y, arrojándola hacia su madre, salió de la casa enmudecido de furia.

Nest —que había permanecido pálida e inmóvil como el mármol durante aquel terrible diálogo, mirando y escuchando como fascinada por las palabras que le herían el corazón— abrió los brazos para recibir y estrechar a su preciosa criatura; pero el niño no estaba destinado a alcanzar el blanco refugio de su seno. El furioso gesto del squire había sido casi sin tino, y la criatura fue a dar contra el filo cortante del aparador y cayó al suelo de piedra.

Owen se abalanzó a recoger al niño, pero este yacía tan quieto, tan inmóvil, que el sobrecogimiento de la muerte invadió al padre, que se inclinó para mirar más de cerca. En aquel instante, los ojos vueltos hacia arriba, velados, giraron convulsos —un espasmo recorrió el cuerpecito—, y los labios, aún tibios de besos, se estremecieron hasta el reposo eterno.

Una palabra de su esposo se lo dijo todo a Nest. Se deslizó de su asiento y quedó tendida junto a su hijito, tan cadavérica como él, ajena a todas las angustiadas ternuras y apasionadas súplicas de su marido. ¡Y aquel pobre esposo y padre desolado! ¡Apenas un breve cuarto de hora antes había sido tan dichoso en su conciencia de amor! La radiante promesa de muchos años en el rostro de su hijo, y el alma nueva y fresca que se asomaba en su despierta inteligencia. Y allí estaba: la pequeña figura de barro, que nunca más se alegraría al verlo, ni tendería los brazos hacia su abrazo; cuyos arrullos inarticulados y, sin embargo, elocuentísimos, acaso lo persiguieran

en sueños, ¡pero nunca más volverían a oírse en la vida despierta! Y junto a la criatura muerta, casi tan insensible como ella, había caído la pobre madre en un desmayo misericordioso: ¡la calumniada Nest, con el corazón traspasado! Owen luchó contra el desfallecimiento que se apoderaba de él y se afanó en vanos intentos por reanimarla.

Era ya cerca del mediodía cuando Ellis Pritchard llegó a casa, sin sospechar siquiera el espectáculo que lo aguardaba; pero, aunque consternado, supo tomar medidas más eficaces para la recuperación de su pobre hija de las que Owen había tomado. Al poco rato dio ella muestras de recobrar el sentido, y la acostaron en su pequeña cama, en una habitación a oscuras, donde, sin llegar a despertar del todo, se quedó dormida. Fue entonces cuando su esposo, sofocado por el peso de pensamientos miserables, retiró con suavidad la mano del apretado abrazo de ella y, estampando un largo y tierno beso en su frente blanca y cérea, salió a hurtadillas y con presura del cuarto, y de la casa.

Cerca de la base del Moel Gêst —a cosa de un cuarto de milla de Ty Glas— había un pequeño soto solitario y descuidado, agreste y enmarañado por las ramas colgantes del rosal silvestre y los zarcillos de la nueza blanca. Hacia el centro de aquella espesura, una honda charca cristalina —límpido espejo del cielo azul de lo alto—; y en torno a la orilla flotaban las anchas hojas verdes del nenúfar, y, cuando el regio sol resplandecía en su gloria meridiana, las flores ascendían de sus frescas profundidades para acogerlo y saludarlo. El soto era musical de muchos sonidos: el trino de los pájaros gozosos en su sombra, el incesante zumbido de los insectos que revoloteaban sobre la charca, el tañido de la lejana cascada, el balido ocasional de las ovejas desde lo alto del monte, todo se fundía en la deliciosa armonía de la naturaleza. Había sido uno de los parajes predilectos de Owen cuando era un vagabundo solitario, un peregrino en busca de amor en los años pasados. Y allá se encaminó, como por instinto, al dejar Ty Glas, reprimiendo la agonía que le subía dentro hasta llegar a aquel pequeño rincón solitario.

Era la hora del día en que tan a menudo se produce un cambio en el aspecto del tiempo; y la pequeña charca ya no era el reflejo de un cielo azul y soleado: devolvía las nubes oscuras y pizarrosas de lo alto y, de cuando en cuando, una ráfaga áspera arrancaba de sus ramas las pintadas hojas otoñales, y toda otra música se perdía en el bramido de los vientos desatados que silbaban al bajar desde los páramos, que se extendían arriba, más allá de las grietas de la ladera del monte. Al poco llegó la lluvia y cayó a torrentes.

Pero Owen no le hacía caso. Estaba sentado en la tierra húmeda, el rostro hundido entre las manos, y toda su fuerza, física y mental, empeñada en sofocar el torrente de sangre que le subía y le hervía y le borboteaba en el cerebro como si fuera a enloquecerlo.

El fantasma de su hijo muerto se alzaba sin cesar ante él y parecía clamar venganza a gritos. Y, cuando el pobre joven pensaba en la víctima que reclamaba su salvaje ansia de venganza, se estremecía, ipues era su padre! Una y otra vez se esforzaba por no pensar; pero, aun así, el círculo del pensamiento volvía, arremolinándose en su cerebro. Al fin dominó sus pasiones y estas se aquietaron; entonces se obligó a trazar algún plan para el futuro.

En el apasionado apremio del momento, no había advertido que su padre había salido de la casita antes de enterarse del fatal accidente que sufrió el niño. Owen creía haberlo visto todo; y por un momento pensó en ir hasta el squire y hablarle de la angustia que había causado en su corazón, y sobrecogerlo, por así decirlo, con la dignidad del dolor. Pero luego no se atrevía: desconfiaba de su dominio de sí, la vieja profecía se alzaba en todo su horror, temía su sino.

Al fin resolvió dejar a su padre para siempre; llevar a Nest a algún país lejano donde pudiera olvidar a su primogénito, y donde él mismo pudiera ganarse el sustento con su propio esfuerzo.

Pero, cuando intentó descender a los diversos pormenores que entrañaba la ejecución de aquel plan, recordó que todo su dinero (y en este aspecto el squire Griffiths no era nada tacaño) estaba

guardado bajo llave en su escritorio de Bodowen. En vano trató de soslayar aquella dificultad tan prosaica: ir a Bodowen era forzoso; y su única esperanza —más aún, su firme propósito— era evitar a su padre.

Se levantó y tomó un sendero apartado hacia Bodowen. La casa parecía aún más lóbrega y desolada que de costumbre bajo el aguacero que caía con fuerza; y, sin embargo, Owen la contempló con cierta pena, pues, por penosos que hubieran sido sus días en ella, estaba a punto de abandonarla por muchos, muchos años, si no para siempre. Entró por una puerta lateral que daba a un pasillo conducente a su propio cuarto, donde guardaba sus libros, sus escopetas, sus aparejos de pesca, su recado de escribir, etcétera.

Allí comenzó presuroso a elegir los pocos enseres que pensaba llevarse, pues, además del temor a que lo interrumpieran, lo consumía el febril afán de viajar lejos aquella misma noche, con tal de que Nest estuviera en condiciones de hacer el viaje. Mientras así se ocupaba, trataba de conjeturar cuáles serían los sentimientos de su padre al descubrir que el hijo a quien antaño había amado se había marchado para siempre. ¿Despertaría entonces al remordimiento por la conducta que lo había echado de casa, y pensaría con amargura en el niño cariñoso y mimoso que seguía sus pasos en otros tiempos? ¿O, ay, solo sentiría que se había apartado un obstáculo para su felicidad cotidiana, para su contento con su esposa y su extraño y embelesado cariño por el niño? ¿Se regocijarían acaso por la partida del heredero? Luego pensó en Nest, la joven madre sin hijo, cuyo corazón no había abarcado aún la plenitud de su desolación. ¡Pobre Nest! Tan amante como era, tan entregada a su hijo, ¿cómo la consolaría? La imaginaba lejos, en tierra extraña, suspirando por sus montañas natales y negándose a ser consolada porque su hijo ya no estaba.

Ni siquiera este pensamiento de la nostalgia que acaso acometiera a Nest le hizo vacilar apenas en su resolución; tan fuertemente se había adueñado de él la idea de que solo poniendo millas y leguas entre él y su padre podría conjurar el sino que parecía fundirse con

los propósitos mismos de su vida mientras permaneciera cerca del matador de su hijo.

Casi había concluido ya su apresurada faena de preparativos, y estaba lleno de tiernos pensamientos hacia su esposa, cuando se abrió la puerta y el aduendecillo Robert se asomó, en busca de algunas pertenencias de su hermano. Al ver a Owen vaciló, pero luego avanzó con descaro y le puso la mano en el brazo, diciendo:

—*iNesta yr buten! ¿Cómo está Nest yr buten?*

Miró con malicia el rostro de Owen para observar el efecto de sus palabras, pero lo aterró la expresión que leyó en él. Echó a correr hacia la puerta, mientras Owen procuraba contenerse, repitiéndose sin cesar: «No es más que un niño. No entiende el significado de lo que dice. ¡No es más que un niño!»». Aun así, Robert, creyéndose ya a salvo, seguía gritando sus palabras insultantes, y la mano de Owen estaba sobre su escopeta, aferrándola como para refrenar la furia que le crecía. Pero, cuando Robert pasó atrevidamente a palabras de burla referidas a la pobre criatura muerta, Owen no pudo soportarlo más; y, antes de que el muchacho se diera apenas cuenta, lo tenía fieramente sujeto con una mano, en una garra de hierro, mientras con la otra lo golpeaba con dureza.

Al cabo de un minuto se contuvo. Se detuvo, aflojó la garra y, para su espanto, vio a Robert desplomarse en el suelo; en realidad, el muchacho estaba medio aturdido, medio asustado, y juzgó preferible fingirse sin sentido. Owen —el desdichado Owen—, al verlo allí postrado, se arrepintió amargamente, y lo habría arrastrado hasta el escaño tallado, haciendo cuanto pudiera por devolverle el sentido, pero en aquel instante entró el squire.

Probablemente, cuando aquella mañana se levantó la servidumbre de Bodowen, no había entre todos más que uno ignorante de la relación del heredero con Nest Pritchard y su hijo; pues, por secretas que tratara de hacer sus visitas a Ty Glas, habían sido demasiado frecuentes para pasar inadvertidas, y la conducta cambiada de Nest —que ya no acudía a bailes ni festejos— era una circunstancia que lo

corroboraba con fuerza. Pero la influencia de Mrs. Griffiths reinaba suprema, aunque inconfesada, en Bodowen, y, hasta que ella no sancionara la revelación, nadie se atrevería a decírselo al squire. Ahora, sin embargo, se acercaba el momento en que le convenía hacer sabedor a su marido del enlace que su hijo había contraído; así, con muchas lágrimas y mucha aparente renuencia, le dio la noticia, cuidándose muy bien, al mismo tiempo, de informarle de la liviana reputación que Nest había tenido. Y no limitó esta mala fama a la conducta de Nest antes de su matrimonio, sino que insinuó que aún hoy día era una «mujer de la arboleda y la maleza», durante siglos la expresión galesa de oprobio para las mujeres de vida más licenciosa.

El squire Griffiths siguió fácilmente el rastro de Owen hasta Ty Glas; y, sin otro fin que satisfacer su furiosa cólera, lo siguió para reprenderlo, como hemos visto. Pero salió de la casita aún más enfurecido contra su hijo de lo que había entrado, y regresó a casa para escuchar las pérfidas insinuaciones de la madrastra. Había oído un leve forcejeo en el que captó los tonos de la voz de Robert al pasar por el zaguán, y un instante después vio el cuerpo, en apariencia sin vida, de su pequeño favorito arrastrado por el culpable Owen, con las huellas de una violenta pasión todavía visibles en el rostro. No altas, pero sí amargas y hondas, fueron las funestas palabras que el padre dedicó al hijo; y, mientras Owen permanecía orgulloso y hoscamente callado, desdeñando toda justificación de sí mismo en presencia de quien le había infligido un agravio mucho más grave, tan fatal, la madre de Robert entró en la habitación. A la vista de su natural emoción, la ira del squire se redobló, y sus desaforadas sospechas de que aquella violencia de Owen contra Robert era un acto premeditado se le aparecieron como verdad probada a través de las brumas de la rabia. Llamó a los criados como para proteger su propia vida y la de su esposa de los ataques de su hijo; y los sirvientes se quedaron alrededor, atónitos, ya mirando a Mrs. Griffiths, que alternaba las reprimendas con los sollozos mientras trataba de reanimar al muchacho de su estado, realmente magullado y medio inconsciente; ya al fiero y airado

squire; ya al triste y silencioso Owen. Y él... él apenas reparaba en sus miradas de asombro y de espanto; las palabras de su padre caían en un oído amortecido, pues ante sus ojos se alzaba una pálida criatura muerta, y en los violentos sonidos de aflicción de aquella dama oía el lamento de una madre más triste, más desesperada. Pues para entonces el muchacho Robert había abierto los ojos y, aunque sufría a todas luces bastante por los efectos de los golpes de Owen, era plenamente consciente de cuanto sucedía a su alrededor.

De haber sido abandonado Owen a su propia naturaleza, su corazón se habría esforzado por amar doblemente al niño a quien había hecho daño; pero estaba obstinado por la injusticia y endurecido por el sufrimiento. Se negó a justificarse; no hizo esfuerzo alguno por resistirse al encierro que el squire había decretado, hasta que se conociera la opinión de un cirujano sobre el verdadero alcance de las heridas de Robert. No fue hasta que la puerta quedó cerrada con llave y atrancada, como sobre alguna fiera salvaje y furiosa, cuando le vino a la mente el recuerdo de la pobre Nest, privada de su consoladora presencia. «¡Ay! —pensó—, cómo estará angustiándose, suspirando por mi tierno consuelo; ¡si es que ha recobrado del golpe el ánimo lo bastante para ser sensible al consuelo!». ¿Qué pensaría de su ausencia? ¿Podría imaginar que él había dado crédito a las palabras de su padre y la había abandonado en aquel su acerbo trance y duelo? El pensamiento lo enloquecía, y miró en derredor en busca de algún modo de escapar.

Lo habían confinado en un pequeño cuarto sin amueblar de la primera planta, revestido de madera y tallado todo alrededor, con una puerta maciza, capaz de resistir los intentos de una docena de hombres forzudos, aun cuando después hubiera podido escapar de la casa sin ser visto ni oído. La ventana estaba situada (como es común en las viejas casas galesas) encima de la chimenea, con cañones que se ramificaban a uno y otro lado, formando una especie de saliente en el exterior. Por aquella salida la fuga era fácil, aun cuando hubiera estado menos resuelto y desesperado de lo que estaba. Y, una vez descendido, con un poco de cuidado y algún

rodeo, podría eludir toda mirada y proseguir su intención primera de ir a Ty Glas.

La tormenta había amainado, y unos acuosos rayos de sol doraban la bahía cuando Owen descendió de la ventana y, deslizándose entre las largas sombras de la tarde, se encaminó a la pequeña explanada de césped del jardín, en lo alto de una roca empinada y escarpada, por cuya abrupta pared se había dejado caer a menudo, mediante una cuerda bien sujeta, hasta el pequeño bote de vela (iregalo de su padre, ay, en días pasados!) que estaba amarrado abajo, en las hondas aguas del mar. Siempre había tenido allí su bote, por ser el lugar más cercano y accesible a la casa; pero, antes de poder llegar al sitio —a menos, claro está, que cruzara una ancha extensión de terreno iluminada por el sol, a plena vista de las ventanas de aquel lado de la casa, y sin la sombra de un solo árbol ni arbusto que lo cobijara—, tenía que bordear un tosco semicírculo de maleza que se habría tenido por un jardín de arbustos de haberse alguien tomado la molestia de cuidarlo. Paso a paso avanzaba con sigilo —oyendo voces ahora, viendo de nuevo a su padre y a su madrastra en un paseo no muy lejano, el squire acariciando y consolando a su esposa, que parecía insistir en algún punto con gran vehemencia, obligado otra vez a agacharse para no ser visto por la cocinera, que volvía del tosco huerto con un puñado de hierbas. De este modo abandonó para siempre el condenado heredero de Bodowen su casa solariega, esperando dejar atrás su sino. Al fin alcanzó la explanada; respiró con mayor desahogo. Se inclinó para dar con el oculto rollo de cuerda, guardado seco y a salvo en un hueco bajo una gran losa redonda y plana: tenía la cabeza gacha; no vio acercarse a su padre, ni oyó sus pasos por el flujo de sangre que se le subía a la cabeza en el esfuerzo de agacharse para levantar la piedra; el squire lo había agarrado antes de que volviera a incorporarse, antes de que supiera del todo de quién eran las manos que lo retenían, ahora, cuando su libertad de persona y de acción parecía asegurada. Hizo un vigoroso esfuerzo por liberarse; forcejeó un momento con su padre, lo empujó con fuerza y lo lanzó contra la gran piedra removida, del todo inestable en su equilibrio.

Cayó el squire, cayó a las hondas aguas de abajo; y tras él cayó Owen, mitad consciente, mitad inconsciente, en parte impelido por el súbito cese de todo cuerpo que se le opusiera, en parte por un vehemente e irreprimible impulso de rescatar a su padre. Pero, por instinto, había escogido en aquella honda poza de agua marina un lugar más seguro que aquel al que su empujón había arrojado a su padre. El squire se había golpeado la cabeza con mucha violencia contra el costado del bote en la caída; cabe dudar, en verdad, de que no estuviera ya muerto antes siquiera de hundirse en el mar. Pero Owen no sabía nada, salvo que el espantoso sino parecía ahora presente. Se sumergió, buceó bajo el agua en busca del cuerpo, que no tenía ya nada de la elasticidad de la vida que lo mantuviera a flote; vio a su padre en aquellas profundidades, lo aferró, lo subió y lo arrojó, como peso muerto, dentro del bote y, exhausto por el esfuerzo, había comenzado él mismo a hundirse de nuevo antes de que, por instinto, pugnara por alzarse y trepar al bote, que se mecía. Allí yacía su padre, con una honda hendidura en un costado de la cabeza, donde el cráneo se le había fracturado en la caída; el rostro ennegrecido por el curso detenido de la sangre. Owen le tomó el pulso, el corazón: todo estaba quieto. Lo llamó por su nombre.

—¡Padre, padre! —gritó—. ¡Vuelve, vuelve! ¡Nunca supiste cuánto te quería! ¡Cuánto podría quererte aún, si...! ¡Oh, Dios!

Y el recuerdo de su hijito se alzó ante él.

—Sí, padre —clamó de nuevo—, ¡nunca supiste cómo cayó, cómo murió! ¡Ay, si hubiera tenido paciencia para contártelo! ¡Si tan solo me hubieras soportado y escuchado! ¡Y ahora todo ha terminado! ¡Oh, padre, padre!

Si había oído aquella voz desgarrada y plañidera, o si solo era que echaba de menos a su marido y lo necesitaba para alguna nimia cuestión cotidiana, o, como acaso fuera más probable, había descubierto la fuga de Owen y venía a avisar de ella a su esposo, no lo sé; pero, en la roca, justo encima de su cabeza, según parecía, Owen oyó a su madrastra que llamaba a su marido. Guardó silencio y empujó con suavidad el bote justo bajo la roca, hasta que los

costados rasparon contra las piedras y las ramas que pendían lo ocultaron, a él y a la barca, de todo aquel que no estuviera al nivel del agua. Empapado como estaba, se tendió junto a su padre muerto para ocultarse mejor; y, de algún modo, aquel gesto le trajo a la memoria los primeros días de la infancia —los primeros de la viudez del squire—, cuando Owen compartía el lecho de su padre y solía despertarlo por la mañana para que le contara una de las viejas leyendas galesas. Cuánto tiempo permaneció así —helado el cuerpo, y el cerebro trabajando con denuedo bajo el pesado agobio de una realidad tan terrible como una pesadilla—, nunca lo supo; pero al fin se sacudió para pensar en Nest.

Sacando una gran vela, cubrió con ella el cuerpo de su padre allí donde yacía en el fondo del bote. Luego, con las manos entumecidas, empuñó los remos y se internó en el mar más abierto, en dirección a Criccaeth. Bordeó la costa hasta hallar una hendidura sombría en las rocas oscuras; hacia aquel punto remó y ancló su bote pegado a tierra. Después trepó, tambaleándose, medio anhelando caer a las aguas oscuras y hallar descanso, medio buscando por instinto los apoyos más firmes en aquella escarpada pared de roca, hasta que estuvo en lo alto, a salvo en la cima cubierta de césped. Echó a correr, como perseguido, hacia Penmorfa; corría con una energía enloquecida. De pronto se detuvo, dio media vuelta, corrió de nuevo a la misma velocidad y se arrojó boca abajo en la cima, escudriñando hacia abajo, hacia su bote, con ojos forzados, por ver si había habido algún movimiento de vida, algún desplazamiento de un pliegue de la lona. Todo estaba quieto allá en el fondo; pero, mientras miraba, la luz cambiante dio la apariencia de un leve movimiento. Owen corrió a una parte más baja de la roca, se desnudó, se zambulló en el agua y nadó hasta el bote. Una vez allí, todo estaba quieto, iterriblemente quieto! Durante uno o dos minutos no se atrevió a levantar la lona. Luego, pensando que el mismo terror podría acometerlo de nuevo —el de dejar a su padre sin auxilio mientras aún latiera una chispa de vida—, retiró el sudario que lo cubría. ¡Los ojos miraron los suyos con fija mirada de muerto!

Le cerró los párpados y le sujetó la mandíbula. Volvió a mirar. Esta vez se izó fuera del agua y le besó la frente.

—¡Era mi sino, padre! ¡Más valiera que hubiese muerto al nacer!

La luz del día se desvanecía. ¡Preciosa luz del día! Nadó de vuelta, se vistió y partió de nuevo hacia Penmorfa. Cuando abrió la puerta de Ty Glas, Ellis Pritchard lo miró con reproche desde su asiento en el rincón umbrío de la chimenea.

—Por fin has venido —dijo—. Uno de los nuestros (es decir, de nuestra condición) no habría dejado a su mujer llorando sola a su hijo muerto; ni uno de los nuestros habría dejado que su padre matara a su propio hijo legítimo. Buenas ganas tengo de quitártela para siempre.

—Yo no se lo dije —exclamó Nest, mirando lastimeramente a su esposo—; me hizo contarle una parte y adivinó el resto.

Acunaba a su criatura sobre las rodillas como si estuviera viva. Owen se plantó ante Ellis Pritchard.

—Calla —dijo con serenidad—. Ni palabras ni hechos pueden suceder, salvo los que están decretados. Se me destinó a cumplir mi obra, hace de esto más de cien años. El tiempo me aguardaba, y el hombre me aguardaba. ¡He hecho lo que de mí se vaticinó durante generaciones!

Ellis Pritchard conocía la vieja historia de la profecía y creía en ella de un modo apagado y sin vida, pero, no se sabe cómo, jamás pensó que se cumpliría en sus días. Ahora, sin embargo, lo comprendió todo en un instante, aunque se equivocó tanto sobre la índole de Owen como para creer que el acto se había cometido a propósito, en venganza por la muerte de su niño; y, viéndolo bajo esta luz, Ellis lo tuvo por poco más que un justo castigo para el causante de toda la salvaje y desesperada pena que había visto padecer a su única hija durante las horas de aquella larga tarde. Pero sabía que la ley no lo vería así. Ni siquiera la laxa ley galesa de aquellos tiempos podía dejar de investigar la muerte de un hombre

de la posición del squire Griffiths. Así pues, el agudo Ellis se puso a pensar cómo ocultar al culpable por un tiempo.

—Vamos —dijo—, ¡no pongas esa cara de espanto! Fue tu sino, no tu culpa. —Y le puso una mano en el hombro—. Estás mojado —dijo de pronto—. ¿Dónde has estado? Nest, tu marido está chorreando, calado hasta los huesos. Por eso tiene ese aspecto tan azulado y macilento.

Nest acostó con suavidad a su bebé en la cuna; estaba medio embotada de tanto llorar y no había entendido a qué aludía Owen al hablar del cumplimiento de su sino, si es que había llegado a oír las palabras.

El roce de ella desheló el desdichado corazón de Owen.

—¡Ay, Nest! —dijo, estrechándola entre sus brazos—. ¿Me quieres todavía? ¿Puedes quererme, amor mío?

—¿Por qué no? —preguntó ella, llenándosele los ojos de lágrimas—. ¡Si te quiero más que nunca, porque eras el padre de mi pobre niño!

—Pero, Nest... ¡Ay, díselo tú, Ellis! Tú lo sabes.

—¡No hace falta, no hace falta! —dijo Ellis—. Bastante tiene ya en que pensar. Date prisa, hija, y saca mi ropa de los domingos.

—No entiendo —dijo Nest, llevándose la mano a la cabeza—. ¿Qué hay que contar? ¿Y por qué estás tan mojado? ¡Que Dios se apiade de esta pobre loca, pues no acierto a adivinar el sentido de tus palabras ni de tus miradas extrañas! ¡Solo sé que mi niño ha muerto! —Y rompió a llorar.

—¡Vamos, Nest! ¡Ve a buscarle una muda, rápido! —Y, mientras ella obedecía mansamente, demasiado lánguida para empeñarse más en comprender, Ellis le dijo a Owen con rapidez, en voz baja y apremiante—: ¿Quieres decir que el squire ha muerto? Habla bajo, no vaya a oírte. Bueno, bueno, no hace falta hablar de cómo murió. Fue de repente, ya veo; y todos hemos de morir; y habrá que enterrarlo. Menos mal que la noche está cerca. Y no me extrañaría

ahora que te apeteciera viajar una temporada; a Nest le sentaría de maravilla; y luego... muchos salen de su propia casa y no vuelven nunca más; y —confío en que no esté tendido en su propia casa— se arma revuelo un tiempo, y una búsqueda, y un asombro, y, andando el tiempo, el heredero entra sin más, tan tranquilo. Y eso es lo que harás tú, y traerás a Nest a Bodowen al fin y al cabo. No, hija, mejores medias que esas; busca las de lana azul que compré en la feria de Llanrwst. Solo que no te desanimes. Ya está hecho y no tiene remedio. Era la tarea que te estaba encomendada desde los días de los Tudor, según dicen. Y él se lo merecía. Mira esa cuna. Así que dinos dónde está, y cobraré ánimo y veré qué puede hacerse por él.

Pero Owen seguía sentado, mojado y demacrado, mirando al fuego de turba como en busca de visiones del pasado, sin atender a una sola palabra de las que decía Ellis. Tampoco se movió cuando Nest le trajo el brazado de ropa seca.

—¡Vamos, espabila, hombre! —dijo Ellis, impacientándose. Pero ni habló ni se movió.

—¿Qué le pasa, padre? —preguntó Nest, desconcertada.

Ellis siguió observando a Owen un minuto o dos, hasta que, ante la repetición de la pregunta por parte de su hija, dijo:

—Pregúntaselo tú misma, Nest.

—Ay, esposo, ¿qué ocurre? —dijo ella, arrodillándose y poniendo su rostro a la altura del de él.

—¿No lo sabes? —dijo él con pesadumbre—. No me querrás cuando lo sepas. Y, sin embargo, no fue obra mía: fue mi sino.

—¿Qué quiere decir, padre? —preguntó Nest, alzando la vista; pero captó un gesto de Ellis que la instaba a seguir preguntando a su esposo.

—Te querré, esposo, pase lo que haya pasado. Solo deja que sepa lo peor.

Una pausa, durante la cual Nest y Ellis quedaron suspensos, sin aliento.

—Mi padre ha muerto, Nest.

Nest contuvo la respiración con un brusco jadeo.

—¡Que Dios lo perdone! —dijo ella, pensando en su criatura.

—¡Que Dios me perdone! —dijo Owen.

—Tú no... —Nest se detuvo.

—Sí, sí lo hice. Ahora ya lo sabes. Fue mi sino. ¿Cómo podía evitarlo? El diablo me ayudó: colocó la piedra de modo que mi padre cayera. Me arrojé al agua para salvarlo. De veras que sí, Nest. Yo mismo estuve a punto de ahogarme. ¡Pero estaba muerto, muerto, muerto por la caída!

—¿Entonces está a buen recaudo en el fondo del mar? —dijo Ellis con ávida ansiedad.

—No, no lo está; yace en mi bote —dijo Owen, tiritando un poco, más por el recuerdo de su última visión del rostro de su padre que por el frío.

—¡Ay, esposo, cámbiate la ropa mojada! —suplicó Nest, para quien la muerte del anciano era sencillamente un horror con el que nada tenía que ver, mientras que el malestar de su marido era una congoja presente.

Mientras ella lo ayudaba a quitarse las ropas mojadas que él nunca habría tenido energía suficiente para quitarse solo, Ellis se afanaba en preparar comida y en mezclar un gran vaso de aguardiente con agua caliente. Se plantó junto al desventurado joven y lo obligó a comer y a beber, e hizo que también Nest probara algún bocado, mientras todo el rato urdía en su mente la mejor manera de ocultar lo que se había hecho, y quién lo había hecho; no del todo sin cierta sensación de vulgar triunfo ante la idea de que Nest, allí de pie, desaliñada en el vestir, despeinada por el dolor, era en realidad la señora de Bodowen, que era la casa más señorial que

Ellis Pritchard había visto jamás, aunque creía que las habría más grandes.

A fuerza de unas cuantas preguntas hábiles, sonsacó a Owen todo lo que quería saber, mientras este comía y bebía. De hecho, casi le supuso un alivio a Owen diluir el horror hablando de él. Antes de terminar la comida, si comida podía llamarse, Ellis sabía cuanto le interesaba saber.

—Ahora, Nest, ponte la capa y los abrigos. Empaqueta lo que tenga que ir contigo, pues tanto tú como tu marido debéis estar mañana al amanecer a mitad de camino de Liverpool. Os llevaré más allá de los bancos de Rhyl en mi barca de pesca, con la vuestra a remolque; y, una vez salvada la parte peligrosa, regresaré con mi cargamento de pescado y me enteraré de cuánto revuelo hay en Bodowen. Una vez bien escondidos en Liverpool, nadie sabrá dónde estáis, y podréis quedaros tranquilos hasta que llegue el momento de volver.

—Nunca volveré a casa —dijo Owen con terquedad—. ¡Ese lugar está maldito!

—¡Bah! Déjate guiar por mí, hombre. ¡Si no fue más que un accidente, después de todo! Desembarcaremos en Holy Island, en la Punta de Llyn; allí tengo un primo viejo, el párroco —pues los Pritchard hemos conocido mejores tiempos, squire—, y allí lo enterraremos. No fue más que un accidente, hombre. ¡Levanta esa cabeza! Tú y Nest volveréis a casa todavía, y llenaréis Bodowen de hijos, y yo viviré para verlo.

—¡Nunca! —dijo Owen—. ¡Soy el último varón de mi estirpe, y el hijo ha asesinado a su padre!

Nest entró cargada y embozada en su capa. Ellis quería que se marcharan a toda prisa. Se apagó el fuego, se cerró la puerta con llave.

—Ven, Nest, cariño, déjame llevarte el hato mientras te guío escaleras abajo.

Pero su esposo inclinó la cabeza y no dijo ni una palabra. Nest le dio a su padre el hato (ya cargado con las cosas que él mismo había juzgado oportuno llevar), pero estrechaba otro con suavidad y firmeza.

—Nadie me ayudará con este —dijo en voz baja.

Su padre no la entendió; su esposo sí, y le rodeó la cintura con su fuerte brazo solícito, y la bendijo.

—Iremos todos juntos, Nest —dijo—. ¿Pero adónde? —Y alzó la vista hacia las nubes zarandeadas por la tormenta que venían de barlovento.

—Hace una noche de perros —dijo Ellis, volviendo al fin la cabeza para hablar a sus compañeros—. Pero no temáis, la capearemos. —Y se encaminó al lugar donde estaba amarrada su embarcación. Luego se detuvo y reflexionó un momento—. ¡Quedaos aquí! —dijo, dirigiéndose a sus compañeros—. Puede que me encuentre con gente, y quizá tenga que oír y que hablar. Esperad aquí hasta que vuelva a buscaros.

Así pues, se sentaron muy juntos en un rincón del sendero.

—¡Déjame verlo, Nest! —dijo Owen.

Ella sacó a su hijito muerto de debajo del chal; contemplaron largo rato y con ternura su rostro de cera; lo besaron y lo cubrieron con reverencia y suavidad.

—Nest —dijo Owen al fin—, siento como si el espíritu de mi padre hubiera estado cerca de nosotros, como si se hubiera inclinado sobre nuestro pobre pequeño. Un aire extraño y frío me salió al paso cuando me incliné sobre él. Podría imaginar que el espíritu de nuestro hijo, puro e inocente, conduce a salvo al de mi padre por los senderos del cielo hasta las puertas del paraíso, escapando de aquellos malditos perros del infierno que, no hace ni cinco minutos, se lanzaban desde el norte en persecución de las almas.

—No hables así, Owen —dijo Nest, acurrucándose contra él en la oscuridad del soto—. ¿Quién sabe qué puede estar escuchando?

La pareja guardó silencio, presa de una especie de terror sin nombre, hasta que oyeron el sonoro susurro de Ellis Pritchard:

—¿Dónde estáis? Venid, con calma y sin ruido. Hace nada había gente por aquí, y se echa de menos al squire, y la señora está asustada.

Bajaron presurosos al pequeño puerto y se embarcaron en la barca de Ellis. El mar se hinchaba y se mecía incluso allí; las nubes desgarradas pasaban veloces por lo alto de un modo salvaje y tumultuoso. Salieron a la bahía, aún en silencio, salvo cuando Ellis pronunciaba alguna orden, pues él llevaba el gobierno de la embarcación. Pusieron rumbo a la costa rocosa, donde había estado amarrado el bote de Owen. No estaba allí. Se había soltado y había desaparecido.

Owen se sentó y se cubrió el rostro. Aquel último suceso, tan simple y natural en sí mismo, hirió su mente exaltada y supersticiosa de un modo extraordinario. Había esperado una suerte de reconciliación, por así decirlo, al depositar a su padre y a su hijo en una misma sepultura. Pero ahora se le antojaba que no habría perdón; como si su padre se rebelara aun en la muerte contra semejante unión apacible. Ellis tomó el asunto de manera práctica. Si el cuerpo del squire se hallaba a la deriva en un bote que se sabía propiedad de su hijo, despertaría terribles sospechas sobre el modo de su muerte. En cierto momento de la noche, Ellis había pensado en persuadir a Owen de que le dejara dar al squire una sepultura de marinero; es decir, coserlo dentro de una vela de repuesto y, lastrándola bien, hundirla para siempre. No había sacado el tema, por cierto temor a la apasionada repugnancia de Owen hacia tal plan; de lo contrario, si él hubiera consentido, podrían haber regresado a Penmorfa y aguardado pasivamente el curso de los acontecimientos, seguros de la sucesión de Owen en Bodowen tarde o temprano; o, si Owen estaba demasiado abrumado por lo ocurrido, Ellis le habría aconsejado marcharse por una breve temporada y volver cuando se hubieran apagado el rumor y las habladurías.

Ahora era distinto. Era absolutamente necesario que abandonaran la comarca por un tiempo. A través de aquellas aguas tormentosas debían abrirse paso aquella misma noche. Ellis no tenía miedo; al menos, no lo habría tenido con el Owen que había sido una semana, un día atrás; pero con un Owen enloquecido, desesperado, desvalido, perseguido por el destino, ¿qué podía hacer?

Se adentraron navegando en la oscuridad agitada, y nunca más volvió a verlos hombre alguno.

La casa de Bodowen se ha hundido en ruinas húmedas y oscuras; y un forastero sajón posee las tierras de los Griffiths.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB